

tervención editorial (corchetes, itálicas), dado que ello implicaba la modernización del texto y borraba las distinciones entre el original y el trabajo del editor. Montaner añade que “la alteridad del texto puede captarse perfectamente acercándose a la lengua arcaica y a su pronunciación sin añadir la barrera adicional de una ortografía que pueda llegar a distorsionar la correcta interpretación del texto incluso para estudiosos de la literatura que no sean medievalistas” (art. cit., p. 14).

La edición de Montaner es, sin duda, la principal referencia en la historia editorial contemporánea del *Cantar*. Lo es para Morros, quien subraya el importante trabajo ecdótico de fijación del texto, “dado el estado actual del único manuscrito”. Su divulgación, pues, es indudablemente positiva porque hace circular un texto confiable. Y se trata, ante todo, de la obra central de la épica hispánica.

IVÁN PÉREZ DANIEL  
El Colegio de México

ANNE J. CRUZ, *Discourses of poverty: Social reform and the picaresque in early modern Spain*. University of Toronto Press, Toronto, 1999; 297 pp.

Si el arte es imitación, como dice Aristóteles, la novela picaresca vendría a serlo de modo paradigmático: una literatura ocupada en imitar a los hombres de baja calidad, aunque esforzados en la virtud de su vicio. Por ello es que su interpretación a la luz de la realidad imitada, como espejo de circunstancias histórico-sociales (esto es, como documento sociológico) es recurrente; los personajes de la picaresca pueden ser vistos como mimesis del pícaro callejero que inundó las ciudades europeas en el siglo XVI. La forma autobiográfica de algunas de estas novelas contribuye a fincar la percepción del pícaro como un personaje-tipo que debe su configuración al sujeto histórico nacido del empobrecimiento del país, el crecimiento de las ciudades y la transformación del estado de guerrero a burocrático.

Por eso no sorprende demasiado la continuación en este libro de una línea de interpretación sociológica de la literatura, donde se analiza la representación de la sociedad que las ficciones picarescas ofrecen. Es un punto de vista histórico y sociológico que no pretende descubrir el sentido total de las novelas, sino sólo determinar la articulación de sus discursos frente a la realidad representada y frente a otros discursos no ficcionales que también describen, explican o pontifican sobre esa realidad.

En el siglo XVI la estructura de la sociedad española sufrió un reacomodo significativo que coloca la dicotomía pobres-ricos en el centro

de una transformación del sistema de valores en que se cimentaba la jerarquía. Durante la Edad Media, el cristianismo había fortalecido una concepción de la pobreza procedente de la patrística, en la que el pobre resultaba ser un símbolo de Cristo y, por tanto, instrumento de santidad. Esta doctrina operó en un sentido inmovilista: por un lado promovía la resignación de los pobres a su pobreza y por otro era un argumento útil para convencer a los ricos de donar dinero a las órdenes religiosas que se ocupaban de los pobres. Ambos procedimientos colocaban al pobre y la pobreza como elementos importantes del orden medieval, de alguna manera como justificación del rico y la riqueza.

Con el crecimiento de las ciudades y la inmigración de los pobres del campo, se gestó un desequilibrio en la relación pobre-rico y pobre-Estado que obligó al debate en las más altas esferas. Domingo de Soto, teólogo de Carlos V en el Concilio de Trento, sosteniendo la tesis medieval proponía la aceptación voluntaria de la pobreza, la libertad para ejercer la mendicidad y la conservación de la caridad como paliativo; frente a él Juan de Robles pugnaba por eliminar la pobreza mediante el trabajo asalariado, lo que no necesariamente obedecía a un fin humanista sino a que la industrialización creciente requiriera mano de obra barata. Ciertamente, el pensamiento de Erasmo, que proponía la secularización del cristianismo, una reforma política y social acorde con ello y, finalmente, la instauración de un Estado universal y pacífico, había florecido en España, aunque a él *non placet Hispania*. Carlos V, atento sobre todo a la última sugerencia erasmiana, permitía el debate.

Es difícil partir de la interpretación sociológica en un estudio literario y llevar luego la reflexión al texto sin convertirlo en un panfleto. Tal vez por ello en este estudio de Cruz no siempre se conserva el complicado equilibrio entre las dos dimensiones críticas sobre las que se ha cimentado el eje analítico: lo histórico-social y lo literario, llegando por momentos a encontrarse una lectura de la literatura como historia. Cuando el análisis se orienta más hacia lo histórico o social se nota bastante la cercanía de Maravall, incluso en una de sus tesis fundamentales: que el lugar del pícaro en la sociedad se encuentra transitando de lo religioso a lo secular y de ello dan cuenta los discursos picarescos.

Hubiera sido conveniente para Cruz tomar la mayor distancia posible en este punto pues aquí radica también una de las virtudes del libro. Al tomar como base las polémicas en torno a la pobreza —y los “discursos” sobre ella que de ahí se derivan— pone en diálogo las obras picarescas con documentos no literarios de la época (cédulas reales, sermones o tratados), de esta manera ofrece un nuevo camino a la comprensión de la ficción picaresca a partir de su lectura comparada. Interpretar una obra literaria con base en los hechos sociales y

políticos que circundan su nacimiento no es algo particularmente nuevo, ya se dijo, pero sí lo es tomar la obra no como espejo sino como protagonista de esos hechos, es decir pensar en el texto como agente creador de significados respecto a los debates sobre las reformas sociales, más que como mera representación de las condiciones de vida derivadas de estas reformas. A partir de este análisis Cruz puede concluir que el pícaro no sólo es un personaje tipo, sino también un chivo expiatorio, un bufón destinado a la diversión y catarsis de la aristocracia.

Desde esta lectura, la picaresca no se ve como una crítica a los estratos dominantes de la sociedad, sino como un tablado donde tiene lugar el debate y la caricatura, sin peligros de revuelta; hay que recordar que al final los pícaros vuelven al redil, terminan con los buenos, como han dicho Blanco Aguinaga y Rodríguez Puértolas en su *Historia social de la literatura española*. En un país y un momento en que se desea la homogeneidad sobre cualquier cosa, a los marginados se les mira como “lo otro” y, convertidos en personajes literarios, se les asimila, aunque ello no quiere decir que dejen de significar, por un lado, una parodia social y, por otro, una ruptura con la literatura que les precede.

Hay finalmente una pregunta que queda pendiente, y cuya respuesta podría enriquecer este estudio, o por lo menos su lectura: ¿por qué en España prospera la picaresca más que en otros lugares de Europa, siendo que la pobreza y el crecimiento de las ciudades eran hechos que no sólo allí tenían lugar? Se puede pensar en el posterior desarrollo de la picaresca en Inglaterra, por ejemplo, pero durante el siglo XVI sólo en España florece este género; esto obliga a ampliar la base argumental para explicar su nacimiento.

Desde luego que esta cuestión no pone en duda que estamos frente a un libro meritorio, un trabajo que siguiendo el muy andado camino de la sociología literaria encuentra nuevos elementos para tejer especulaciones, para no abandonar la calle y sus peligros en la lectura de la picaresca.

MANUEL PÉREZ  
El Colegio de México

MARÍA ÁGUEDA MÉNDEZ, *Secretos del Oficio. Avatares de la Inquisición novohispana*. El Colegio de México-UNAM-CONACyT, México, 2001.

Son de todos sabidos los importantes aportes que la autora de esta colección de ensayos ha hecho al conocimiento de la Inquisición. La coordinación de los utilísimos catálogos de textos marginados no-